

Prólogo

*T*res hombres corrían por la arena tirando del muchacho que apenas podía sostenerse en pie. Tropezaba una y otra vez a causa de la debilidad y el entumecimiento tras seis meses encerrado en aquella diminuta cueva. Sus pies sangraban y estaban llenos de llagas, le habían sido arrebatadas las botas para dificultar cualquier intento de huida a través del desierto, pero la adrenalina liberada ante la llegada de sus salvadores le impedía sentir ningún tipo de dolor.

El teniente Parker oteó el horizonte una vez más acuclillado sobre una colina. Odiaba la visión nocturna de sus gafas, ese resplandor de efecto fantasmagórico le producía una incómoda sensación de irrealidad, pero era el único modo de moverse por dentro de las cuevas de Darra i Bum en el corazón de Afganistán.

La luna se alzaba sobre las escarpadas montañas y el viento se colaba por los entresijos de su pesado uniforme mientras recorrían el mar de arena y piedras en dirección a las coordenadas en las que, en tan solo veinte minutos, estaría aguardándolos el equipo de recogida.

La suya era una carrera contrarreloj, en cualquier momento el resto de insurgentes que custodiaban las cuevas tomarían conciencia de que el muchacho había sido rescatado y saldrían en su búsqueda. Aquella misión era la culminación de seis largos meses de trabajo, primero para encontrarle y, posteriormente, para llegar hasta él, en una operación ordenada desde las más altas esferas de la Casa Blanca.

A Austin Parker no le importaba quién había dado la orden ni qué motivos políticos podían haberla provocado, a él solo le preocupaba

entregar al rehén sano y salvo, así como proteger la integridad de sus hombres. En definitiva, cumplir la misión que le había sido encomendada al equipo Alfa del SEAL Team Six del que era el máximo responsable.

Una ráfaga de disparos rompió el silencio, seguida por un sonido de motores. Alguien acababa de descubrir los cadáveres de los dos vigilantes que custodiaban al soldado Kent. Los mismos que durante meses habían disfrutado arrancándole una a una las uñas de las manos y los pies yacían ahora en el suelo ahogados en su propia sangre.

—Trece minutos para la recogida —advirtió el teniente Parker a sus hombres presionando el botón del comunicador que llevaba en el pecho.

El sonido de un jeep que se acercaba a toda velocidad los puso en alerta, mientras comenzaban a distinguir el ruido lejano del helicóptero que se aproximaba para recogerlos en aquella planicie en mitad de la nada.

Ya habían recorrido los doce kilómetros que los separaban del punto de encuentro cuando el teniente Parker, apodado Parkur por sus compañeros, fue consciente de que no lograrían marcharse sin evitar el enfrentamiento. Hizo señales a sus hombres mediante su código secreto, indicándoles que se ocultasen tras una gran roca que dividía en dos la ladera de la colina.

El soldado Kent tiritaba y lloraba como un niño pequeño sujeto por dos de sus libertadores. Parkur en su fuero interno temía que la inestabilidad del muchacho acabase por ponerlos en peligro a todos.

—Escúchame, hijo, vamos a sacarte de aquí de una vez. Pero no te muevas, no llores y no respires a menos que yo te lo diga. Si me haces caso regresarás a casa sano y salvo, ¿entendido?

—Sí, señor —ballució entre lágrimas, tratando de contener el aliento y la tiritera que sacudía su cuerpo enjuto. Parker no pudo evitar pensar que no era más que un crío, un crío asustado.

El helicóptero comenzó a disminuir su altitud. En breve subirían al joven a la cesta metálica mientras los cinco SEALs que conformaban el dispositivo treparían por las cuerdas a la vez que este se elevaba.

Los disparos enemigos no se hicieron esperar. Gran Oso y Halcón respondieron con sus rifles MK43 provocando una nube de fuego cruzado y arena, y Billy arrojó a su orden dos botes de humo.

En el momento indicado, la cesta apareció ante ellos como una gran piñata roja ansiosa de ser abierta, y el sargento Cricket introdujo en ella al muchacho, asegurándole en el interior mediante correas.

—Nos largamos, ¡vamos!, ¡vamos! —apremió a sus hombres presionando de nuevo el comunicador mientras la cesta ascendía.

Los gritos provenientes de la nube de humo hicieron saber a Halcón que había acertado en al menos tres ocasiones el objetivo de sus disparos. A la señal de su superior abandonó su puesto y descendió la pequeña duna en dirección al helicóptero que los sacaría de allí. Sin embargo, Gran Oso, un par de pasos más adelante, parecía no haber oído la orden.

—Gran Oso, no me jodas, sal de ahí —repitió una y otra vez, pero este no se movía de su lugar entre las rocas, disparando hacia el enemigo.

Su dispositivo debía haberse averiado justo en el peor momento. Ordenó a Halcón y Billy que comenzasen a ascender por las cuerdas dispuesto a ir hasta él.

—Espera, voy yo, Parkur —dijo Cricket, y se encaminó veloz hacia el lugar. Corrió entre las dunas hasta alcanzarle, tocó a Gran Oso en el hombro y le hizo una señal de retirada. Ambos comenzaron a correr hacia él.

Y entonces la vio, en el horizonte, en la dirección opuesta a sus hombres, su silueta se recortaba sobre la duna. La figura de una niña. Una niña menuda cuyo rostro no podía apreciar con sus gafas de visión nocturna. Las levantó para asegurarse de que no veía un fantasma, pero la niña había desaparecido.

Miró en todas direcciones, volvió a colocarse las gafas y entonces distinguió una silueta humana que se materializaba entre la nube de polvo a espaldas de sus hombres. Les gritó por el comunicador tratando de avisarlos mientras echaba a correr hacia ellos, apuntando al individuo con su pistola semiautomática. El insurgente alzó la mano a la vez que gritaba, parecía llevar algo en ella.

El teniente le apuntó y el disparo fue certero, justo entre los ojos,

pero no lo suficientemente rápido como para evitar que lanzase el objeto que portaba.

—¡Granada! —gritó con toda su alma justo antes de que el estallido le ensordeciese. Gran Oso se arrojó por la ladera de la duna al oírle y esquivó la metralla que incluso a Parker, a pesar de la distancia, se le clavó en los brazos y las piernas. Pero el sargento Cricket voló por los aires a causa la onda expansiva que incluso cimbrió el helicóptero.

—Bajad la cesta de nuevo —ordenó Parkur al piloto a través de su comunicador incorporándose a pesar del dolor lacerante de los proyectiles que lo habían rasgado.

—No creo que continúe con vida, señor. Y veo acercarse dos vehículos más... —respondió el piloto.

—Baja esa puta cesta de una vez, Fenton, es una orden. Un SEAL jamás abandona a un compañero. O nos vamos todos o morimos juntos —ordenó con un aliento de voz, corriendo hacia su amigo.

Al alcanzarle, el panorama fue desolador. Había sangre por todas partes, sobre todo en sus piernas, convertidas en un amasijo de piel y huesos.

—James, vamos, contéstame —pidió arrodillándose a su lado.

—Sácame de aquí, Parkur. No quiero morir —balbució.

—No te vas a morir, joder —dijo sacándose el cinturón. Un segundo después, Gran Oso los alcanzaba sano y salvo e hizo lo mismo con el suyo, utilizando ambos para cortar las hemorragias mediante un torniquete en cada muslo. Pasaron cada brazo de Cricket sobre sus hombros y echaron a correr hacia la cesta de metal, cuando el ruido de varios vehículos que se acercaban les decía que contaban con poco más de un par de minutos para largarse de allí.

*A*ustin despertó empapado en sudor. El corazón le golpeaba en el pecho con violencia. Miró a través de la diminuta ventanilla del avión, y la visión del horizonte azul, en la conjunción del mar y el cielo, le ayudó a calmarse. Respiró hondo y se enderezó en su asiento observando en derredor, nadie parecía haber percibido su malestar.

Una vez más aquella horrible pesadilla que llevaba meses atormentándole había regresado, haciéndole revivir cada minuto y cada sensación de aquella fatídica noche.

Solo que en esta ocasión había aparecido un elemento que le desconcertaba. Era la primera vez que soñaba haber visto a aquella niña sobre la duna. Una niña que jamás estuvo allí. Su cerebro estaba jugándole una mala pasada, burlándose de él y de su capacidad de autocontrol.

El frío teniente Parker, condecorado SEAL de la US Navy, oficial en jefe del equipo de élite T6 y conocido por su agilidad y destreza física, temblaba como un mocoso al pensar en que aquella niña fuese real y no un producto de su mente. Real no en Afganistán, sino en el lugar al que se dirigía ansioso por obtener las respuestas que necesitaba oír, si no quería perder la cordura.

1

Peligro

Estaba siendo una guardia tranquila, demasiado, se decía Julia mientras leía el tercer capítulo seguido de la novela que había empezado aquella mañana. Estaba en la parte más interesante y no podía despegar los ojos del libro, apoltronada en el sillón reclinable del *estar médico*.

—¿Otra novela de amoríos? —preguntó Pablo, el técnico conductor de la ambulancia, observándola desde su sillón. A sus cincuenta años, con dos divorcios a sus espaldas y cinco vástagos entre ambas esposas, decía haber dejado de creer en el amor por siempre jamás.

—¿Todavía no te has enterado de que nuestra enfermera tiene sorbido el seso con tanta novela romántica? —intervino Rubén, el médico del equipo, y se adentró en la salita desde la pequeña cocina con una lata de refresco en la mano.

—Espero que no te canses de aguardar al príncipe azul.

—A mí no me van los príncipes azules, Pablo. Soy más de caballeros oscuros, salvajes y brutos, pero con su corazoncito —protestó. Rubén la miró de reojo con una sonrisa. Ambos se conocían desde el instituto, desde entonces era el mejor amigo de Hugo, su hermano mayor.

—Para que luego digan que las rubias son tontas —chascó Pablo guiñándole un ojo con complicidad.

Julia estaba más que acostumbrada a que sus dos compañeros trataran de pincharla con las más peregrinas excusas. Hacían piña contra ella en la menor ocasión que diese la oportunidad de una bien avenida guerra de sexos.

Se levantó y fue al baño para lavarse los dientes y rehacerse la coleta

que se había despeinado un poco en las últimas horas. Estaba peinándose cuando Rubén se asomó a la puerta del baño.

Julia lo miró a través del espejo, el cabello castaño contrastaba con el tono pálido de su piel y sus ojos color miel. Era un hombre muy atractivo y, a sus veintinueve años, estaba en su mejor momento físico desde que lo conocía.

—Así que te van los caballeros oscuros ¿no? —preguntó colándose en el interior y abrazándola desde la espalda por la cintura—. No sabes cómo me pone que seas tan respondona.

—Nos va a pillar —se resistió sin demasiado empeño.

—¿Pablo? Mientras esté saliendo Mamen Mendizábal en la tele, Pablo no existe... —dijo ascendiendo la mano por su vientre hasta alcanzar sus senos, apretándola contra su torso.

—¿Vendrás conmigo a la boda el sábado? —Rubén gimió excitado como toda respuesta—. Contéstame, Rubén. Sabes que le confirmé a mi prima que iría acompañada y...

—Otra vez el tema de la dichosa boda —dijo soltándola de inmediato, como si quemase—. Ya te he dicho lo que pienso. Asistir a esa boda contigo sería como si...

—Como si hiciésemos pública nuestra relación, como si fuésemos novios, puedes decirlo, no vas a salir ardiendo en combustión espontánea por decir la palabra.

—No empieces otra vez, Julia. No estoy preparado para dar ese paso, para saludar a la familia de tu madre, para que tu hermano se entere de que somos pareja. Ya conoces a tu hermano.

—Claro, seguro que a Hugo le sentaría mucho mejor saber que solo te acuestas conmigo sin que seamos nada. —Rubén arrugó la frente al oír aquello, no quería siquiera imaginar la reacción de su mejor amigo si llegase a descubrir que mantenían ese tipo de relación a escondidas. No se lo perdonaría jamás—. Y mi hermano no tiene por qué enterarse, no te estoy pidiendo que seas mi novio. Te estoy pidiendo que *finjas* ser mi novio. Ven conmigo, sonríe ante mi tía, mi prima y las *despellejadoras* de sus amigas, y se acabó.

—Sí, claro. Como si no existiesen el Facebook, el Tuenti, el Twitter ni los *whatsapps*. Cero coma dos segundos iba a tardar tu hermano en enterarse. Que no, que no voy a ir a la boda de tu prima contigo y punto final.

Julia le empujó sacándole de la habitación y cerró la puerta tras él, decepcionada.

Nunca había planeado relacionarse con el mejor amigo de su hermano, a pesar de que fue su amor platónico durante la adolescencia y el motivo por el que se hizo una experta en jugar al *Mortal Kombat* para que la dejaran participar en las partidas nocturnas en la Xbox de casa. Con los años lo había superado. Creció, fue a la universidad, salió con varios chicos que pasaron por su vida sin pena ni gloria y Rubén jamás dio muestra alguna del menor interés hacia ella, pues vivía demasiado preocupado en picotear de cada flor que hallaba en el camino.

Sin embargo, la casualidad los había llevado a trabajar codo con codo, desde hacía un año y medio, en el equipo del cero sesenta y uno de Sevilla. Y casi diez meses después, a la salida de una guardia complicada, Rubén la llevó a casa en su flamante Audi A6 y la acompañó con insistencia hasta el portal. Allí la besó, soplando sobre los rescoldos de la ilusión que un día sintió por él e hicieron el amor en su dormitorio.

A pesar de lo anhelado de aquel primer encuentro, la realidad fue muy decepcionante. Y no porque Rubén fuese un mal amante, pues fue dulce y cariñoso, sus besos fueron tiernos y apasionados, y su cuerpo tan tentador como lo había imaginado en sus innumerables fantasías. Pero, después de hacerle el amor, se vistió y se marchó a dormir a su casa, sin decir una sola palabra con respecto a lo que acababa de suceder entre ambos, y en aquel momento supo que él no buscaba nada más allá del sexo.

Después de aquello se sintió triste y lloraba a escondidas cada vez que él fingía que no había ocurrido nada entre ellos.

Sin embargo, tras aquella primera vez hubo una segunda y una tercera, y así sus encuentros se sucedieron en el tiempo hasta que habían pasado a verse casi semanalmente.

Rubén la invitaba a tomar algo después del trabajo o le llamaba y quedaban para ir al cine, a la otra punta de Sevilla, para evitar la posibilidad de encontrarse con Hugo, y acababan haciendo el amor en su casa, porque él aún vivía con sus padres en un impresionante chalé a las afueras de la ciudad.

Y aunque Julia deseaba mucho más, se conformaba con lo que esta-

ba dispuesto a ofrecerle, esperando que algún día él la necesitase tanto como ella a él.

Ante el resto de compañeros del equipo de urgencias Rubén se comportaba como si tan solo fuesen un par de colegas que compartían tiempo libre juntos, sin dar muestras de que entre ambos sucediese algo más. Sin embargo, cuando Jero, el enfermero del equipo dos, flirteaba con ella o cuando algún otro la piropeaba en su presencia, se transformaba en un auténtico capullo y se pasaba la guardia enfadado, respondiéndole de mala gana cuando necesitaba consultarle cualquier cosa.

Por eso Julia esperaba que se decidiese a dar el siguiente paso y que se convirtiesen en pareja a los ojos del mundo de una vez, pero cuanto más cerca se sentía de ese momento, por su actitud cariñosa, sus continuos mensajes y la cercanía de sus citas, mayor era la decepción cuando él comenzaba a hablar en público de sus *supuestas* correrías como rompecorazones en la noche sevillana, y sus esperanzas de revelar al mundo lo suyo se esfumaban como las espigas de un diente de león azotado por el viento.

A pesar de los esfuerzos por ocultarlo a su hermano, Hugo parecía comenzar a sospechar que entre ellos había algo más que una simple amistad. A la menor oportunidad desplegaba sus dotes interrogativas como policía nacional y trataba de sonsacarle algo al respecto, pero Julia siempre respondía lo mismo: «Sólo somos amigos; si tú ves algo más, es que necesitas ir al oftalmólogo».

Ambos sabían que no se tomaría bien que el picaflor de su mejor amigo hubiese osado posar sus libidinosas zarpas en la blanca piel de su hermanita. Nada bien.

Salió del baño y comenzó a revisar el material que portaba en su mochila de emergencia para reponerlo. El teléfono móvil de Rubén comenzó a sonar y eso significaba que había una urgencia. La expresión del joven médico se tornó a la seriedad más absoluta mientras respondía a la llamada.

—Dime —le apremió Julia en cuanto colgó.

—Un asalto a la salida de un supermercado, hay dos heridos, uno es un policía...

—No me fastidies, Hugo está de mañana —dijo poniéndose en mar-

cha de inmediato, y tomando su teléfono móvil marcó el número de su hermano.

Circulaban a toda velocidad, con las luces y las sirenas encendidas por el centro de Sevilla, seguidos por la ambulancia del equipo dos. Dos heridos, dos equipos médicos. Julia volvía a llamar a su hermano y volvía a oír la voz de la operadora repitiéndole que su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

—Tranquila, seguro que no es él. Y si es él, no tendrá nada, ya sabes lo exagerados que son a veces los de la centralita.

—Y otras se quedan cortos, Rubén, lo sabes tan bien como yo. Vamos, Pablo, vamos —apremiaba al conductor que pasaba los semáforos en rojo y adelantaba por la izquierda a cuanto vehículo se ponía por delante con la templanza que solo otorgan los años al volante de la ambulancia.

Aparcaron en la puerta del supermercado. Dos vehículos de la policía nacional mantenían las luces de emergencia encendidas, emitiendo destellos azules en torno a ellos.

Salieron despedidos del vehículo y cruzaron corriendo entre la multitud de curiosos congregada hasta alcanzar el lugar en el que había tres personas en el suelo, una de ellas con el uniforme de la policía nacional. Julia respiró aliviada al comprobar que no se trataba de su hermano, sino de José Luis, un compañero, quien al verlos llegar los saludó con la mano ensangrentada. También había una anciana tumbada en la acera quejándose de dolor, y tres agentes más: uno de ellos custodiaba a un varón de unos cuarenta años que permanecía inmovilizado y esposado, otro trataba de dispersar al público en torno a ellos y otro hablaba con un tipo al que parecían tomar declaración.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rubén a José Luis haciéndose cargo de la situación mientras le echaba un vistazo a la herida. Julia y Pablo se arrodillaron junto a la anciana para valorar su estado.

—Nos avisaron porque había un forcejeo. Al parecer el detenido dio un tirón al bolso de la señora, que la hizo caer, y ese caballero corrió tras

él, le redujo, le trajo y le tumbó hasta que llegamos —dijo indicando a quien permanecía de pie junto al otro policía.

Julia se giró para mirarle por primera vez. Una barba de varios días ocultaba su mentón cuadrado, tenía el cabello corto, la nariz recta y proporcionada. Era alto como una montaña. Su cuello era ancho y sus hombros robustos.

—¿Puedo irme ya? —preguntó este al agente, a su espalda.

—Aún no —le respondió.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —requirió el médico a José Luis.

—Me gustaría hacerme el héroe, pero lo cierto es que tropecé corriendo, me caí y me corté con un trozo de vidrio de una botella rota que había en el suelo y me he mareado.

—Mueve los dedos —le pidió y el policía, que permanecía sentado con la espalda apoyada en la pared lo hizo, movió todos los dedos sin dificultad—. Eso no es nada, tranquilo que no se te van a salir las tripas por ahí. ¿Cómo está la señora? —preguntó a Julia que aún examinaba a la anciana que no dejaba de lamentarse.

—Hay acortamiento y una ligera rotación del miembro inferior derecho. Tiene toda la pinta de una fractura de cadera.

—Bueno, bueno, señores y señoras, el espectáculo ha terminado, así que sigan circulando o empezaremos a cobrar entradas —apremiaba el otro agente tratando de dispersar a los curiosos.

—¿Qué? ¿Cómo vais? —preguntó nada más llegar a la carrera Marta, la médico del segundo equipo.

—Bien, controlado. Una posible fractura de cadera y un corte superficial, nada más.

—Tengo que irme, ya —insistía el barbudo... Julia se volvió a mirarle con detenimiento: sus cabellos rubios tenían un reflejo cobrizo; era alto, mucho más que ella, y podía intuir una desarrollada musculatura bajo la camiseta negra y los vaqueros oscuros.

—Aún no... —repitió el policía.

Y entonces, desde su posición acuclillada junto a la anciana, vio cómo una gota de sangre caía al suelo desde el dedo meñique de su mano derecha. Se fijó en su postura, estaba presionando con el resto de los dedos la piel bajo la cinturilla del pantalón. Su rostro empalidecía por momentos y multitud de gotitas de sudor perlaban su frente.

—Un momento, ¿tú estás...? —dijo y no llegó a pronunciar la palabra *herido* cuando el tipo se desplomó inconsciente ante sus ojos sin que Marcos, el agente que le tomaba declaración, pudiera sujetarle.

Tiró apremiada de su camiseta descubriendo multitud de antiguas cicatrices en su vientre, y después de la cinturilla del pantalón, próxima a la cadera derecha, donde halló una herida de arma blanca de un par de centímetros cuyo sangrado había tratado de contener con la mano. Rubén buscó sus ojos, sorprendido por el aspecto del abdomen de aquel tipo.

—Marta, ¿os hacéis cargo de la señora? Nos lo llevamos al Virgen del Rocío —pidió a su compañera.

—Claro, claro.

—¿Y de mí? ¿Qué pasa con mis tendones?

—Que te compren unos nuevos —chascó Pablo mientras a toda velocidad bajaba la camilla al suelo y entre todos subían al herido, que pesaba como el plomo, a pesar de no tener un solo gramo de grasa.

—Vete al centro de salud, Jose Luis, solo necesitas un par de puntos —dijo Julia antes de cerrar la puerta de la ambulancia.

Mientras le cogía una vía, Rubén mantenía presionada la herida con energía. Julia no podía dejar de pensar: «Que no se muera por favor, que no se muera».

—¿Frecuencia cardíaca? —preguntó Rubén.

—Cincuenta y seis latidos.

—Está al límite.

—Pero por su complexión parece un atleta, podría ser normal en él, ¿no crees?

—¿Un atleta? ¿Has visto las cicatrices que tiene? He contado dos tiros y otras tres heridas de gravedad en su abdomen. No sé quién es este tipo, pero sí que acostumbra a meterse en problemas con demasiada frecuencia. ¿Tensión arterial?

—Enseguida. —Tomó el tensiómetro y la midió—. Ciento veinte, sesenta. ¿Continúa sangrando? —preguntó a Rubén que apartó las compresas un momento para comprobarlo.

—Lo cierto es que no demasiado. No como para que haya perdido la conciencia, a menos que la hemorragia sea interna. Vamos a monitorizarlo.

Julia comenzó a cortar la camiseta por la mitad para colocar los electrodos, y su torso musculado, salpicado de un leve vello castaño, quedó al descubierto. A pesar de las circunstancias, debía reconocer que era tremendamente atractivo. Encendió el monitor que empezó a trazar ondas en la pantalla y le colocó la mascarilla de oxígeno.

—El electro está bien. Estable.

—Está empapado en sudor. Voy a mirarle la glucosa en sangre —dijo y, tras darle un leve pinchazo en el dedo con el que el misterioso barbudo encogió el entrecejo, la analizó en la máquina—. Cuarenta, Rubén. Tiene una bajada de azúcar.

—Rápido, ponle un glucagón y cámbiale el suero por uno glucosado. No creo que el desvanecimiento se deba a la herida, sino a la hipoglucemia.

—Enseguida —dijo siguiendo sus instrucciones. En dos minutos volvió a repetir la prueba—. Comienza a remontar: setenta y siete.

—Ya estamos llegando. La herida no parece demasiado profunda y el sangrado es moderado.

—Menos mal.

El herido intentó abrir los ojos, les miró un instante aunque aturdi-do.

—Tranquilo tío, de esta te salvas —dijo Rubén para tranquilizarle antes de que volviese a cerrarlos.

—¿Has visto la cantidad de cicatrices que tiene?—preguntó. De modo inconsciente le acarició el dorso de la mano con la yema de los dedos y contempló sus párpados cerrados, sus largas pestañas doradas. —.¿Quién será?

—¿Cicatrices? —repitió observando su gesto afectivo con desconcierto, ella se envaró recuperando su actitud profesional—. Sea quien sea, este tío lleva escrita la palabra «peligro» por todo el cuerpo.

2

El americano

Siempre le pasaba lo mismo. Al entregar a sus pacientes, la invadía un desasosiego irremediable ante la falta de control más allá de aquellas puertas.

Todo lo contrario de lo que le sucedía a Rubén, que se sentía aliviado al dejarlos a cargo del personal del hospital, ya que allí dejaban de ser responsabilidad suya para convertirse en la responsabilidad de otro.

Era su modo de blindarse a las emociones a las que debía enfrentarse cada día. Julia, en cambio, era incapaz de hacer eso. En ocasiones lo intentaba, se decía que debía dejar de preocuparse por cada paciente de cada aviso al que acudían, pero no sabía hacerlo. Y los envidiaba, envidiaba a Pablo y a Rubén porque ellos tenían la capacidad de desconectar, de apartar de sus mentes lo que habían vivido ese día, por muy terrible que fuese, y continuar con sus vidas.

Por eso al llegar a la sala de urgencias del hospital, le observó un instante en silencio mientras se lo llevaban a toda velocidad. Parecía tan indefenso tendido en aquella camilla y a la vez su cuerpo gritaba todo lo contrario. «¿Quién eres?», se preguntó corroída por la preocupación y la curiosidad.

—Julia, nos vamos —la llamó Rubén devolviéndola a la realidad.

El resto de la guardia transcurrió con normalidad. A las ocho y media de la mañana del día siguiente, abandonaba el edificio de la central del cero sesenta y uno cuando Rubén la abordó en la puerta.

—Entonces, ¿qué?, ¿desayunamos?

—No me apetece, Rubén. Hoy no.

—¿Te llevo a casa?

—No voy a ir a casa.

—¿No?

—No, voy a pasarme por el hospital para ver cómo está el tipo del apuñalamiento de ayer.

—¿Tú estás loca? Ese tío parece peligroso, ¡tiene toda la pinta de ser peligroso!

—Si fuese peligroso no arriesgaría su vida para atrapar al tipo que le había robado el bolso a la anciana.

—Que sea peligroso no quiere decir que tenga que ser muy listo. No vayas.

—Está bien, me acercaré a la planta, saludaré a mis antiguas compañeras de medicina interna y les preguntaré cómo está, pero sin pasar a verlo.

—Estás fatal, Julia —dijo malhumorado caminando hacia su vehículo—. Yo jamás podría tener una relación seria con alguien que no tiene suficiente con su propia vida y necesita implicarse en la de cuanto colgado de tres al cuarto se tropieza por el camino.

—¿Es que te lo he pedido? ¿Te he pedido que vayamos en serio? —protestó ofendida. Rubén no necesitaba excusas para justificar su miedo al compromiso y la enervaba que tratase de culparla por ello. Cerró la puerta del coche de un portazo y desapareció acelerando a toda velocidad por la explanada.

—¿Te llevo a alguna parte? —preguntó Pablo atravesando las puertas de cristal de la salida con el casco de la moto de gran cilindrada entre las manos.

—¿Me acercas al Virgen del Rocío, por favor?

—Eres incorregible —aceptó con una sonrisa.

Cuando estuvo en el pasillo del hospital frente al control de enfermería pensó en lo que le había dicho a Rubén, que solo preguntaría por él y se marcharía. ¿Por qué le habría dicho nada?

Desde la distancia vio cómo su amiga Rocío, una de sus antiguas compañeras, cruzaba el corredor cargada con un suero vacío. La llamó, caminó hasta ella y la saludó con un par de besos.

—Hola, Ro. ¿Cómo estás?

—Bien, niña. ¿Y tú?

—Muy bien también, con turnos imposibles, ya sabes, pero bien. Oye, ¿tenéis en la planta a un tipo que sufrió una hipoglucemia después de ser apuñalado ayer?

—Ahí está, en la segunda habitación de la derecha. ¿Lo trajisteis vosotros?

—Sí. ¿Cómo está?

—Bien, está bien. La hoja solo entró dos centímetros y no llegó a penetrar la cavidad abdominal. Por suerte tiene una musculatura muy fuerte... Vamos, que menudo cuerpo se gasta el muchacho —bromeó dándole un codazo cómplice al que Julia respondió con una sonrisa. Conocía a Rocío desde hacía más de dos años, cuando estuvieron trabajando juntas en la planta, justo antes de entrar a formar parte del equipo del cero sesenta y uno. Aunque también conocía, por las visitas hospitalarias a sus pacientes, a casi todos los responsables de cada planta.

—¿Y de la hipoglucemia?

—Recuperado por completo. El doctor Martínez piensa que fue una hipoglucemia reactiva por consumo excesivo de alcohol unido a un ayuno prolongado y a la carrera que dio para atrapar al chorizo, porque ni siquiera es diabético.

—¿Al consumo de alcohol?

—Ha reconocido que se pasó la noche anterior bebiendo, se levantó, salió a la calle para comer en algún sitio y se encontró con ese tipo atacando a la anciana, y no se lo pensó. Bueno, niña, voy a por un jarabe, ahora nos vemos.

—Vale.

Su teléfono móvil comenzó a sonar y el rostro de su hermano se materializó en la pantalla. No se parecían en nada: moreno y con los ojos de un negro abrumador, Hugo era también serio, introvertido e incluso desconfiado con los desconocidos, características que se habían acentuado desde que ingresó en la policía, casi diez años atrás. Julia, en cambio, confiaba con demasiada facilidad en las personas y siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitase.

—Dime.

—¿Dónde andas, *renacuaja*?

—No me llames así.

—¿Cómo? ¿Por teléfono? ¿Mejor con señales de humo?

—Muy gracioso, Hugo.

—Me ha dicho Rubén que ibas a pasarte a ver al tipo del apuñalamiento.

—Ese amigo tuyo es un bocazas.

—¿Por qué tienes que ir a ver a un tío que tiene el pecho como un puñetero campo de minas?

—Porque quiero saber como está.

—Llama a alguna de tus compañeras enfermeras y que te lo cuenten.

—¿Y por qué voy a hacer eso si puedo acercarme yo? Sabes de sobra que voy a ver a mis pacientes. ¿Qué problema hay con que me pase a visitar a este?

—No hay ningún problema. A menos que el tipo sea peligroso, claro, y tiene toda la pinta de ser así. Espérame que dejo a Brigitte en casa de sus padres y te acompaño. —Brigitte, la última de sus conquistas, era una chica francesa de impresionantes ojos azules, muy mona y educada, pero con menos neuronas que una ameba.

—Imposible, ya estoy en el hospital, voy a entrar, saludarle, interesarme por su estado e irme a casa a dormir.

—¿Seguro que no me quieres esperar?

—Segurísimo.

—Está bien, pero ten cuidado, dice Rubén que ese tipo tiene pinta de...

—Dile a Rubén que mejor que se preocupe por la pinta que tiene él a veces —contestó irritada. Su hermano era ya lo suficientemente sobreprotector de por sí, sobre todo desde que perdieron a sus padres en un accidente de tráfico seis años atrás, como para que encima Rubén añadiese leña al fuego.

—Ok. Envíame un mensaje cuando estés en casa.

—Pero qué pesadito eres, Hugo. ¿Es que temes que me secuestren en el autobús?

—No te cuesta nada, y...

—Tranquilo, lo haré.

Colgó y caminó hasta la puerta de la habitación. Estaba abierta. Un

nerviosismo inexplicable la recorrió de pies a cabeza y, por un instante, sintió la tentación de dar media vuelta y regresar por donde había venido. Al fin y al cabo ya sabía lo que había ido a preguntar: su paciente estaba bien y eso era lo único que le interesaba, ¿o no?

Al atravesar el umbral le descubrió en la cama. Reposaba con un brazo por debajo de la nuca con la mirada perdida en el horizonte, sin camiseta. Las sábanas revueltas le llegaban a la altura de las caderas y la luz del sol que se colaba por la ventana producía destellos dorados en su cabello rubio. Julia sintió la tentación de acariciar el vello castaño que cubría su torso estrechándose hasta convertirse en una fina línea bajo el ombligo.

—Buenos días.

—Buenos días —repitió con un ligero acento anglosajón, observando con curiosidad cómo se le acercaba.

—¿Te acuerdas de mí?

—Eres la enfermera de la ambulancia.

—Sí, soy yo —dijo sin poder evitar que su mirada se deslizase con excesivo detenimiento por cada milímetro de su piel que se hallaba al descubierto. El torso bronceado y marcado de cicatrices, los brazos cubiertos de tatuajes que parecían ocultar antiguas lesiones similares... En la fosa ilíaca derecha un apósito cubría la herida producida por el arma blanca del que salía el tubo de un drenaje que recogía una pequeña cantidad de sangre—. Solo quería saber si estás bien. —Él enarcó una ceja, como si su interés le hubiese desconcertado.

—No deberías haberte molestado.

—Lo hago siempre. Si no, no podría meterme en la cama tranquila.

—¿Meterte en la cama? ¿A las diez de la mañana?

—Acabo de terminar la guardia de ayer.

—¿Cómo te llamas?

—Julia. ¿Y tú?

—Austin.

—¿Y estás bien?

—Perfecto —respondió serio y desvió la mirada de nuevo a la ventana, como si acabase de dar por concluida la conversación de modo unilateral y mostrando un total desinterés hacia ella.

—Bueno, pues me alegro de que estés bien. Y... aunque no sea

asunto mío, te daré un consejo: en el futuro no salgas corriendo detrás de los ladrones de bolsos, si hubieses recibido esa puñalada más arriba o hubiese sido algo más profunda, quizá no estaríamos hablando ahora.

—Tienes razón. No es asunto tuyo —respondió áspero como un membrillo mirándola con fijeza. Se sintió desconcertada. ¿Cómo podía ser tan antipático, y más aún con ella que le había atendido?—. Y, por cierto, muchas gracias por destrozarme mi camiseta favorita.

—¿Tu camiseta favorita? Oh, ¡perdóname por intentar salvarte la vida!

—No hacía falta destrozarme la ropa para administrarme un poco de azúcar.

—Esto es increíble. En ese momento no sabíamos si tu desvanecimiento se debía a la bajada de azúcar o a la herida de tu abdomen.

—No era una herida mortal. Deberíais haberlo sabido.

—¿Ah, sí? ¿Acaso eres médico?

—No, claro que no. Pero creo que con solo mirarme te harás una idea de que algo entiendo de heridas.

Julia guardó silencio. Era cierto, con solo mirar las cicatrices podía hacerse una idea de la magnitud de las lesiones que había sufrido en el pasado.

—Pues para que lo sepas, una hipoglucemia severa sí puede ser mortal y podrías haber entrado en coma.

—Nada de esto habría pasado si ese jodido policía me hubiese dejado marchar. Y mi camiseta aún estaría intacta.

—En ese caso, la próxima vez que decidas hacerte el héroe después de una noche de borrachera, procura llevar una camiseta vieja. —Él apretó la mandíbula sin poder disimular cuánto le había molestado su comentario.

—Espero que no haya una próxima vez.

—Yo también, por el bien del equipo de urgencias que deba atenderte. Buenos días.

Se volvió y salió de la habitación con paso firme y decidido. Acababa de vivir el momento más surrealista de toda su vida. Un herido al que había trasladado al hospital le había echado en cara que le hubiera estropeado su mejor camiseta mientras intentaba descubrir si su vida corría peligro.

Al salir volvió a encontrarse con Rocío, que regresaba al control de enfermería desde una de las habitaciones.

—¿Qué? ¿Cómo has visto al americano?

—¿Es americano? Pues menudo sieso antipático está hecho *el americano*.

—¿Sieso antipático? Pues conmigo y con las compañeras ha sido de lo más amable. Súper educado, pidiéndolo todo por favor y dando las gracias por todo con ese acento anglosajón tan sexy.

—Pues conmigo ha sido un estúpido.

—¿Estás segura de que estás hablando de *mi* americano?

—¿Tienes algún otro?

—No, eso es cierto.

—Me ha echado en cara que le cortase la camiseta, ¿te lo puedes creer?

—Mujer, igual es la única que tenía. Dice Noelia, de urgencias, que le dijo que no tenía a quién avisar, ni dirección aquí en Sevilla, que acababa de llegar. Y vas tú y le dejas medio en pelotas.

—Rocío, estás de broma ¿verdad?

—Que sí, mujer, que es broma —admitió entre risas—. No le des más vueltas, le habrás pillado en un mal momento.

—Será eso, tengo el don de la oportunidad con los hombres. Adiós, Ro, saluda a las chicas de mi parte, llevo prisa.

—Adiós, lo haré.

Una vez en casa envió un mensaje a su hermano como se había comprometido. Se preparó un vaso de leche caliente en la cocina y descubrió una nota en la nevera de Berta, su compañera de piso, en la que le deseaba dulces sueños con «bomberos de largas mangueras», así textualmente. Quién diría que tras la fachada seria y hermética de la supervisora de cajas de un hipermercado, tan profesional metida en su papel, se escondía la chica dicharachera y alocada que sabía hacerla reír como nadie.

Julia y Berta se conocían desde el instituto, cuando Julia era una estudiante destacada por sus calificaciones, pero con escasa popularidad debido a su timidez, y Berta era estigmatizada por ser «una gran perso-

na», como ella se definía. Dos almas afines que encontraron el mayor de los apoyos la una en la otra en el momento indicado.

Berta fue la primera en conocer su amor platónico por Rubén y quien la aguantó en las lánguidas tardes de charla en el parque María Luisa mientras se lamentaba una y otra vez porque jamás se fijaría en ella. Fue Berta quien estuvo a su lado cuando sus padres fallecieron en aquel terrible accidente de tráfico, quien lloró junto a su cama durante días y noches, y la obligó a seguir adelante cuando no podía más.

Un mes después del accidente se fue a vivir con ella, a su bonita casa unifamiliar con jardín anterior, que se le había quedado dolorosamente grande. Y Hugo, destinado en Madrid en aquel momento, pudo regresar a su trabajo con la tranquilidad de que alguien de confianza velaba por su hermana.

Su alegría y desparpajo eran lo que ella y su dolorido corazón habían necesitado. El mero hecho de saberla al otro lado de la pared la tranquilizaba y la ayudaba a dormir cuando su cabeza se empecinaba en regresar a esa fatídica noche.

Desde entonces, ambas compartían los gastos de la casa, además de confidencias, secretos y largas charlas en torno a una taza de café.

*J*ulia se desplomó sobre la cama y cerró los ojos sin desvestirse, estaba agotada, solo quería dormir. Pero entonces una imagen acudió a su mente: los ojos del *americano*. Eran intensos, insondables, azules, con un particular halo gris en torno a la pupila... Sus ojos y su torso desnudo cubierto de vello castaño... Con el corazón acelerado se rindió al sueño.